



El cap. 6 de San Juan nos narra la multiplicación y el discurso sobre el pan de vida. El relato de hoy corresponde a este discurso.

El milagro de la multiplicación lo cuentan los cuatro evangelios. El suceso, nos resume Schökel, mira hacia el pasado, hacia

Moisés y los israelitas en el desierto; mira hacia el futuro (presente para los evangelios), la celebración eucarística. Es que el milagro se dirige a una de las

necesidades básicas del hombre: el alimento.

El don del pan, es paralelo al don del vino en Caná; el pan de la vida que anuncia el discurso evoca el don del agua viva prometido a la samaritana. El vino, el agua y el pan: estos símbolos joánicos se completan para significar, cada uno a su manera, la vida que Jesús comunica al creyente.

El lugar que debía ocupar este discurso, que era la última cena (Jn 13), lo eligió el evangelista para narrar el lavatorio de los pies. El traslado aquí está justificado por razón de la semejanza en la materia: pan material, pan bajado del cielo, pan eucarístico.

51-52. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo.

Los discípulos se pusieron a discutir: ¿Cómo puede este darnos de comer su carne?

Ya al principio del capítulo los judíos le habían pedido una señal para creer, al igual que aquella que dio Moisés: el pan del cielo, el maná del desierto.

Aquel pan, por prodigioso que pareciera no comunicaba vida verdadera y no les sirvió como sustento para entrar en la tierra prometida. Jesús ha

precisado que ese pan es su misma realidad humana (su carne), no una doctrina.

Las palabras de Jesús provocan una pelea entre los mismos discípulos. No entienden su lenguaje; la mención de su carne les ha desorientado, les ha quitado seguridad.

53-55 Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.

Jesús hace una nueva declaración, que explica la anterior: comer y beber significan asimilarse a él, aceptar y hacer propio el amor expresado en su vida (su carne) y en su muerte (su sangre).

Quien lo come no morirá, porque hay una comunicación total de vida procedente de Dios, el Espíritu, que fluye a través de Jesús y es comunicado por él. Es un pan que baja continuamente, como un

don siempre ofrecido, para dar vida.

El evangelista insiste en presentar la carne y la sangre como verdadera comida y bebida. Frente a una concepción que existía en el cristianismo primitivo de considerar a la eucaristía como mero símbolo, el texto subraya que se trata de una verdadera comida, de una comida real, en la que se participa de la carne y de la sangre de Cristo.

56-57 El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí.

La adhesión a Jesús no queda en lo externo. No es un modelo exterior a imitar, sino una realidad interiorizada. Produce una sintonía con él que hace vivir en comunión estrecha con él. Esta permanencia designa la vida cristiana como tal: el discipulado cristiano se define por la permanencia en la unión con Cristo.

No se tiene vida si no hay asimilación a su persona. La vida que Jesús posee procede del Padre y él vive en total dedicación al designio de Dios. Este mismo vínculo de vida (vida recibida-vida dedicada) existe entre los discípulos y Jesús.

58-59 Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre.» Esto dijo enseñando en la sinagoga de Cafarnaúm.

Es el resumen de toda la perícopa. Existen dos panes del cielo: uno falso, el maná, y otro el verdadero, su

propia persona. Jesús, ha venido a darse él mismo a la humanidad.

JESUS, NUESTRA VIDA La muerte del otro es la única experiencia verdadera que el hombre puede tener. Mi muerte como acontecimiento no puede ser para mí una experiencia. Solamente en la muerte del otro vislumbro la mía. La muerte de Cristo es para mí luz y experiencia. Murió por mí. Por eso estas palabras son experiencia viva que tengo que revivirlas en mí.

Jesús no ha venido a dar cosas sino a darse él mismo. El pan simboliza su propia entrega. Jesús

escogió **ser pan partido y repartido para dar vida**. ¿Qué quiso decir con este gesto del pan y el vino? ¿Por qué eligió este modo de recordar su muerte y resurrección y no otro?

El pan está hecho de granos triturados. Es duro por fuera pero blando por dentro. Se deja romper y masticar para ser alimento y ayudar a vivir. **Partir el pan es compartir la necesidad**. No había símbolo mejor para expresar **la entrega de sí mismo en bien de otros**. No había símbolo mejor para expresar el sentido y el valor de su muerte en la cruz.

Lo mismo pasa con **el vino**. La uva, cuando es estrujada, da lo mejor de sí misma. El vino se parece a la sangre y entra dentro del hombre y **le llena de alegría** el corazón. **El vino es símbolo de la sangre y la sangre es símbolo de la vida**. Jesús quiso simbolizar con el vino la resurrección. El toma de nuevo la vida que ha entregado y la da, con su Espíritu, a los que le siguen. De esta manera los que participamos en la misa compartimos su muerte y su resurrección de un modo misterioso.

Por eso cogió el pan y el vino: para expresar el significado y el valor de su muerte y de su resurrección; Él entrega su vida por nosotros, para salvarnos. Más aún: **nos entrega su vida para que seamos como él**. Cada vez que repetimos este signo en la misa se repite para nosotros la muerte y resurrección del Señor.

Así el discípulo tiene que considerarse a sí mismo como un pan que se da, y que para darse muchas veces hay que "romperse". **El que se parte y se comparte. Porque solo muriendo hay vida**. Solo menguando se crece. Y despojándose se tiene a manos llenas. Hacer de la propia vida un alimento disponible para los demás. Y tomar fuerza en la Eucaristía, donde se realiza **ese gesto de amor**, de entrega hasta dar la vida.

- *¿Mi vida de cada día (trabajo, familia, barrio, vecinos, política, grupos de fe...) está fuera de la Eucaristía?*
- *¿Es posible derramar vida -como un vino de alegría-, sin verse antes pisoteado, aplastado, prensado, lo mismo que el racimo de uvas?*

"Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él". La adhesión a Jesús no debe quedarse en lo externo. No es un modelo a imitar, sino una persona que se interioriza, que se mete dentro hasta las entrañas. Y esta comunión identifica al discípulo con Jesús.

La experiencia cristiana consiste fundamentalmente en **alimentar nuestra vida en Jesús**, descubriendo la fuerza que encierra para transformarnos poco a poco a lo largo de los días. Jesús infunde siempre un deseo inmenso de vivir y hacer vivir. Un deseo de vivir con más verdad y más amor.

Y esta comunión especial con Jesús nos lleva a perdonar, a fiarnos de Dios, a ser solidario con los más pobres, a ser sencillos, cariñosos, humildes, alegres y generosos. Y se nota quien lo vive. Conocemos a mucha gente con las que da gusto estar, y desde su bondad, su sencillez y su amor a los más pobres, traslucen a Jesús. Solo se comunica lo que se vive aunque no se digan palabras.

- *¿Me dejo transformar? ¿Qué impedimentos tengo que quitar?*
- *¿Noto que vivo con más verdad y menos tapujos y apariencias?*

RIESGOS DE NUESTRAS CELEBRACIONES Muchas veces las celebraciones de nuestras comunidades cristianas encierran grandes valores pero también **graves riesgos de vaciar la Eucaristía** de su contenido más esencial.

Una de las tergiversaciones de nuestra concepción de la eucaristía, nos aclara **G. Faus**, ha consistido en separar por completo **la materia** (pan y vino) **del gesto** (el hecho de compartirlos). Ese gesto de partir el pan significa **compartir la necesidad humana** (de la cual es el pan un símbolo primario). Pasar la copa es **comunicar la alegría**, de la cual es el vino otro símbolo humano ancestral. Ambos juntos (compartir la necesidad y comunicar la alegría) son **los gestos de la solidaridad suprema**. Y en la realización de esos gestos se nos da la garantía de una presencia real del Resucitado en nuestra historia tan oscura.

La cena de despedida se convirtió así en condensación de toda la vida entregada de Jesús. Y hoy, aquella vida entregada se actualiza en cada eucaristía que reproduce sacramentalmente aquella cena.

Otro **riesgo** es que la liturgia eucarística puede convertirse fácilmente en **evasión y huida** de la vida real. Entre los cristianos está mucho más desarrollada la sensibilidad por todo lo que afecta **al rito y a la dignidad de la ceremonia** que por lo que se refiere a las **exigencia de vida** que comporta la celebración. ¿Se puede celebrar el memorial del crucificado **insensibles e indiferentes ante los nuevos crucificados** que prolongan hoy su presencia entre nosotros?

Está el **riesgo** del **"cisma entre el sacramento del altar y el sacramento del hermano"**. Siempre corremos el riesgo de pretender comulgar con Cristo en la más estricta intimidad, **sin preocuparnos de comulgar con los hermanos**. ¿Cómo se puede celebrar la Eucaristía semanal manteniendo la división, los abusos, engaños y explotaciones entre cristianos que se acercan a compartir el mismo pan?

Otro **riesgo** es que la **Eucaristía se convierta en un tranquilizante**. La satisfacción del deber religioso cumplido lleva con frecuencia a **tranquilizar** la conciencia, en vez de ser **estímulo** para el amor militante y activo.

- *¿Participo de estos riesgos?*